

JOSÉ JAVIER ABASOLO

ASESINOS INOCENTES



erein

ASESINOS
INOCENTES

27

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: noviembre de 2017

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© José Javier Abasolo

© EREIN. Donostia 2017

ISBN: 978-84-9109-248-3

D.L.: SS 1202/2017

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

JOSÉ JAVIER ABASOLO

ASESINOS
INOCENTES

erein

En cualquier lugar del mundo a donde uno viaje, tiene la seguridad de encontrar el mismo número limitado de especies de abogados, con idéntica seguridad con que un naturalista encuentra su hierba y su cizaña en todas las tierras. La primera clase comprende los abogados que consideran los recovecos legales como profundos e intocables ídolos dignos de adoración. Para la segunda especie de letrado, la carnívora, lo primero es la presa, y considera las leyes como los principales obstáculos para alcanzar el éxito.

Matthew PEARL, *La sombra de Poe*

Yo, no me queda más remedio que admitirlo, pertenezco al segundo grupo, pero no creo que haya que darle excesiva importancia. Alguien tiene que hacer el trabajo sucio, ¿no? Además, pertenecer a ese grupo viene muy bien para que crezca la cuenta de resultados del bufete. Que, al fin y al cabo, no dirijo una asociación caritativa o sin ánimo de lucro, sino un despacho de abogados. Mi propio despacho de abogados.

Markel ZUGASTI, socio mayoritario
y prácticamente único de
“Zugasti y Asociados”

1



La situación era perfecta y todo se estaba desarrollando como yo había imaginado con anterioridad. La muchedumbre que se agolpaba mientras gritaba a pleno pulmón que no iban a permitir el desalojo de una familia que llevaba viviendo en el barrio un montón de años, los efectivos de la Ertzaintza quietos, contemplando atentos la situación, pero dispuestos a actuar con contundencia cuando la autoridad judicial se lo ordenara, un hombre mayor, con apariencia de haber entrado de golpe en la tercera edad, llorando más amargamente que Boabdil cuando perdió Granada, una joven pelirroja que intentaba consolarle sin mucho éxito, un escenario suburbial en el que, al fondo, se vislumbraban, semiderruidas, antiguas fábricas que se alzaban en el horizonte como si fueran los fantasmas de una pujante industria ya extinta. Y la prensa. Sobre todo, la prensa.

Fue ese preciso momento el que elegí para aparecer. Había dejado el Audi aparcado tres calles más atrás, ya que no me pareció una buena idea llegar hasta allí en él, y me había desplazado andando lo que quedaba del camino. Entonces, con mi mejor sonrisa, me acerqué hasta la pelirroja que intentaba consolar en vano al anciano y le dije estas simples, pero efectivas palabras.

—Ya puedes estar tranquila, Karmele. El banco ha comprendido perfectamente la situación y tu padre no va a ser desalojado. Tendremos que negociar todavía algunos flecos, pero no va a perder su vivienda. Hemos ganado.

Pocas palabras, pero terriblemente efectivas, como ya he dicho. Y tranquilizadoras. En cuestión de segundos la noticia corrió como la pólvora y todos los amigos, familiares y militantes de la asociación anti desahucios prorrumpieron en vítores y aplausos y se acercaron al viejo y a la pelirroja para felicitarles y palmearles la espalda. De mí no se acordó ninguno de ellos, pero no me importó. No eran los destinatarios de mi actuación, sino la prensa. Y muy pronto estuve rodeado de un ingente número de cámaras, micrófonos y fotógrafos que deseaban obtener algunas declaraciones, unas declaraciones que yo estaba dispuesto a proporcionarles sin pérdida de tiempo alguna.

En el fondo se trataba de algo lógico. Los periodistas estaban ya hartos de entrevistar a llorosas amas de casa que de repente se encontraban en la calle con cuatro hijos a su cargo y sin ingresos con los que mantenerlos, a políticos que afirmaban que eso era una vergüenza y una tragedia nacional, pero que luego, a la hora de votar las necesarias reformas en el Parlamento se resistían a hacerlo diciendo eso de que “no es el momento adecuado”, o a barbudos líderes de movimientos antisistema que echaban pestes y culebras y amenazaban con los más terribles infiernos, pese a ser en su mayoría ateos (aunque siempre había entre ellos algún cura que se tomaba en serio la letra de los Evangelios), a los desalmados capitalistas y banqueros que se estaban lucrando con los desahucios. Comparado con toda esta fauna, que había acabado por hastiar a lectores y telespectadores, yo era un chollo. Un

auténtico mirlo blanco para los medios de comunicación, y no lo digo con chulería ni prepotencia, sino que me limito a constatar un hecho.

Y es que no había más que verme. Impecablemente trajeado, con una chaqueta cruzada azul oscuro a juego con el pantalón del mismo color y tonalidad, camisa blanca impoluta, una corbata en la que combinaban los tonos azulados con otros más pálidos ligeramente verdosos y unos zapatos negros tan brillantes que hubieran podido utilizarse para cegar a un enemigo en una batalla crucial y definitiva sin miedo a perderla. Para que quede bien claro, que podría haber sido la portada de una de esas revistas dedicadas al *glamour* y la elegancia. Eso, por lo que respecta al ropaje. Si las miradas se centraban en aspectos más personales, podía observarse que estaba perfectamente rasurado, sin *piercings*, pendientes o tatuajes que deformaran mi bronceada tez, el pelo ni muy corto ni muy largo y, por lo que respecta a la edad, cercano a la cuarentena sin llegar a ella, lo suficientemente joven como para mostrar una imagen de dinamismo y lo suficientemente mayor como para transmitir confianza y madurez. Resumiendo: un tío con cierto aspecto de pijo, lo admito, pero que de repente, llegado de la nada, acababa de paralizar un desahucio y se convertía en un héroe. Era normal que todos los reporteros desplazados por los diversos medios de comunicación se arremolinaran junto a mí para obtener unas palabras. Y yo estaba totalmente dispuesto a dárselas, sobre todo porque sabía que mi nombre aparecería en negrita tanto en los periódicos y revistas impresas en papel como en los digitales, así como que sería profusamente mencionado en las emisoras de radio. Pero, sobre todo, y mucho más importante, era consciente de que en los informativos televisivos aparecería

sobreimpresionada, junto a mi imagen, la siguiente leyenda: “Markel Zugasti, abogado”.

Cuando ya no cabían más micrófonos bajo mi boca y todas las cámaras que se encontraban por los alrededores interrumpieron lo que estaban grabando para enfocarme, llegó el momento de tomar la palabra. Aunque me estaban bombardeando continuamente con preguntas, no respondí de momento a ninguna sino que, tras mirar impertérrito a esas mismas cámaras, solté sin titubear el discurso que traía preparado desde mi despacho.

—En primer lugar tengo que darles las gracias por su atención e interés —empezar de un modo educado y anodino siempre suele ser un buen sistema, sobre todo cuando se está a punto de lanzar una bomba—, y en segundo lugar, debo añadir que me satisface responder a esa atención e interés con una noticia tan positiva como la que acabo de transmitir a la hija del señor Mentxaka. Como le he dicho hace un momento a ella, y lo repito con inmenso placer ante todos ustedes, hace tan sólo veinticinco minutos, acabo de firmar con el director para el País Vasco de los servicios jurídicos del banco, un documento que acredita que don Aurelio Mentxaka Iribarren no va a ser expulsado de su hogar, del que además continuará siendo único propietario —con un gesto teatral, del maletín de cuero que siempre llevaba conmigo, saqué un impreso en el que se veía el logotipo de la entidad financiera y lo mostré a los periodistas allí presentes.

—Excúsenme si no les proporciono una copia del mismo, confío en que entiendan que se trata de un documento privado, aunque pronto será protocolizado notarialmente, y que por tanto es confidencial y sólo atañe a las partes interesadas. Pero les doy mi palabra de que su contenido es el que

acabo de explicarles hace un momento, que el señor Mentxaka podrá seguir disponiendo de su propia vivienda y no va a ser desalojado de ella, ni ahora ni en el futuro.

La algarabía que se formó fue indescriptible y los periodistas no dejaron de hacer preguntas, una detrás de otras.

—Discúlpenme por favor, pero podré contestarles mejor si me preguntan por turnos —dije como si fuera el mismísimo Presidente del Gobierno que, tras una aparentemente banal reunión del Consejo de Ministros, hubiese comparecido para transmitir él, en persona, lo decidido en esa sesión.

—¿El acuerdo al que acaba usted de hacer mención es firme? ¿No habrá en esta ocasión letra pequeña?

El periodista que acababa de hacerme esa pregunta representaba a un periódico en el que tenían cabida todas las soflamas más revolucionarias, progresistas y antisistema del país, así que estaba preparado para responderle. Y le contesté sin titubear y sin dejar de sonreír, ya que las cámaras seguían filmándome.

—De no ser así yo no me hubiese atrevido a estampar mi firma en el documento que acabo de enseñarles. Me precio de ser una persona seria y, como abogado, mi prioridad absoluta es la defensa de los intereses de mis clientes, y el señor Mentxaka lo es. Así que le repito, no hay trampa ni cartón, don Aurelio Mentxaka no será desalojado de la que sigue siendo su propiedad.

—Entonces, ¿se ha producido una prórroga de su hipoteca? ¿Y cómo quedan en el futuro las condiciones del contrato? Porque suponemos que si el señor Mentxaka conserva la propiedad de su vivienda, no se ha negociado una dación en pago —me preguntó el corresponsal en Bilbao de uno de los más serios periódicos españoles de información económica.

–Sobre esto último tiene usted toda la razón –le respondí con lo que podía interpretarse como un gesto de complicidad, pero que según mis asesores quedaba muy bien ante las cámaras–. En cuanto a lo otro, sería para mí un placer poder responderle, pero debe entender que yo sólo soy el abogado de una de las partes contratantes y estoy sujeto a una obligación de confidencialidad, como creo que he intentado explicarles al principio de mi intervención. Eso sólo podrían responderse el banco o el señor Mentxaka, no yo, espero que lo entiendan.

Los murmullos de asentimiento que los propios periodistas emitieron me confirmaron que todo estaba saliendo como yo lo había previsto.

–En primer lugar, señor Zugasti, felicidades por haber conseguido evitar un nuevo desalojo en estos tiempos tan difíciles. Y, en segundo lugar, desearía saber si para ello ha colaborado con la comisión anti desahucios de la localidad y, en caso de haberlo hecho, cómo ha sido esa colaboración.

Quien me acababa de hacer la pregunta era el representante de un periódico radicado en Madrid, de amplia difusión en todo el territorio nacional, que se caracterizaba porque lo mismo atizaba a derechas que a izquierdas, a monárquicos que a republicanos, a nacionalistas que a centralistas, si lo consideraba positivo para su negocio, que consistía en la venta de cuantos más ejemplares mejor. Afortunadamente también estaba preparado para hablar con ese medio porque, aunque era consciente de que si con eso vendían más ejemplares no les iba a importar nada utilizarme de “punching ball”, también lo era de que si salía airoso al contestar, eso iba a ser un punto muy importante para mi carrera. Por ello me había preparado adecuadamente para hacer frente a ese tipo de interpelaciones.

–Conozco a las comisiones anti desahucio, de esta localidad y de todo el Estado en general, a través de los diferentes medios de comunicación que suelen informar acerca de sus actividades. Y tengo que decir que, como ciudadano, no tengo más que respeto y admiración por su labor, una labor altruista y desinteresada, lo que en estos tiempos tan turbulentos de crisis económica y decadencia de los más importantes valores de la sociedad como son la solidaridad y el sentido de la justicia, nos reconforta a quienes creemos que, por encima de todo, están las personas, los seres humanos.

>>Pero dicho esto, entiendo que en una sociedad en la que convivimos, y queremos seguir haciéndolo, ciudadanos de diferentes ideologías, procedencias, costumbres o maneras de ser, es mucho más útil un instrumento civilizado como el Derecho, cuya función es, precisamente, la de ordenar las relaciones entre los diversos tipos de personas y las instituciones que ellas mismas han creado, que el activismo militante puro y duro, quizás necesario en ocasiones, pero que fácilmente puede llegar a ser manipulado y desvirtuado. No digo que esto haya ocurrido, estoy convencido de la honestidad y honradez de muchos activistas que, como ya he dicho con anterioridad, han sido generosos y desprendidos al trabajar desinteresadamente por sus conciudadanos, pero mi instrumento de lucha es diferente. Las leyes y la negociación, la negociación y las leyes. Y, como han podido comprobar, son dos instrumentos que producen muy buenos resultados. Ahora, señores, si me disculpan, desearía volver con el señor Mentxaka y sus familiares y amigos. Ellos son los grandes protagonistas de lo que está sucediendo en estos momentos.

Me desembarqué de un modo elegante y eficaz de los periodistas y me dirigí hacia donde estaba Karmele, tras haber

conseguido uno de mis principales objetivos, la publicidad. Era una pena que junto a mi nombre en las noticias no pudiese aparecer mi número de móvil ni la dirección del bufete, pero había tenido el tiempo que necesitaba para fijar en la retina de los televidentes, en el oído de quienes preferían enterarse de las noticias a través de la radio o en la memoria de los lectores de periódicos y revistas mi nombre, mi profesión y, sobre todo, mi capacidad y dedicación a los posibles clientes que en el futuro quisieran confiarme sus problemas. Andy Warhol, ese viejo dinosaurio, se equivocaba cuando hablaba de que todos necesitábamos quince minutos de fama. Lo que la gente emprendedora e inteligente como yo necesita son quince minutos de publicidad. Y si es gratuita mucho mejor.

Cuando Kar mele me vio se acercó para besarme y darme nuevamente las gracias, pero apenas pude cruzar una palabra con ella ya que inmediatamente un montón de gente, amigos, vecinos, familiares, e incluso algún barbudo desaliñado que llevaba puesta una descolorida y ajada camiseta con la leyenda “Stop Desahucios/Kaleratzeak Stop” no dejó de achucharme, abrazarme, palmearme la espalda e incluso darme algún beso que otro, como si se tratara del mismísimo presidente de la República Francesa en el momento de conceder una condecoración a un bigotudo coronel de sus ejércitos.

Aún tuvo que transcurrir casi una hora hasta que Kar mele y yo encontráramos un momento para hablar a solas. Los más allegados habían entrado ya en el portal para subir al piso que seguía siendo de su padre y celebrar en la intimidad el éxito de mis gestiones. Yo también había sido invitado, pero me excusé alegando que aún tenía cosas que hacer en el despacho. Era totalmente cierto, pero también lo era el que no me apeteciera estar mucho tiempo con un puñado de gente con la

que no tenía nada en común salvo el hecho, compartido tan sólo con el propietario y algunos de sus más cercanos familiares, de haber veraneado en el mismo pueblo cuando era niño. Además, con quien quería estar era con Karmele, no con ellos, y preferiblemente a solas.

—No sé cómo podré agradecértelo, Markel —repitió cuando nos quedamos solos, junto al portal del edificio, lo que me había dicho casi una hora antes, rodeada de convecinos y militantes de la comisión anti desahucio.

—Sí, sí que lo sabes —le respondí. Y quizás mis ojos se volvieron repentinamente duros y fríos, porque se separó de mí y me miró con una dureza y frialdad similares.

—Estás de coña, ¿no? —parecía que no iba a tener fuerzas para continuar, pero volvió a hablar—. ¿De verdad lo dices en serio? No me lo puedo creer.

—Pues créemelo, porque nunca he hablado más en serio —le respondí. Ni siquiera amagué con una ligera sonrisa, quería dejarle muy claro que no le estaba gastando una broma—. Ya hablamos de eso hace tiempo, lo sabes. Concretamente cuando te dije que podía parar el desahucio.

—Sí, lo sé, pero nunca pensé que..., nunca pensé que lo dijeras en serio, que fueras a exigírmelo de verdad. Me imaginé que tan sólo era una gracia más de las tuyas.

—¿Te parezco gracioso? —por algún extraño motivo, ya que era consciente de que me estaba comportando como un canalla, si hay algo que jamás he hecho es engañarme a mí mismo con falsas autoexculpaciones, me sentí ofendido por sus palabras—. ¿Cómo de gracioso? ¿Más gracioso que te echen de casa? ¿Menos? ¿Similar?

—Nunca pensé que pudieras llegar a ser un hijo de puta tan grande, ¿lo sabes?

–Menuda noticia, si querías ser la primera en dárme-la llegas tarde. Así que dejémonos de retórica y vayamos a lo nuestro. Me lo debes, me lo prometiste. Tenemos un contrato. Yo consigo evitar el desahucio de tu padre y tú, como no tienes dinero suficiente para pagar mi trabajo, me compensas de un modo más atípico, por decirlo de otro modo ¿Es verdad o no es verdad?

–Lo es –me contestó impertérrita, como si fuese una esfinge de mármol.

–Y tú siempre has presumido de que cuando dabas tu palabra la cumplías. ¿Es así o no es así?

–Es así, en efecto.

–Entonces, ya lo sabes.

–De acuerdo –se rindió fácilmente. Quizás demasiado fácilmente–. Lo sé. Y voy a cumplir, pero entenderás que no pueda ser ahora mismo –sus palabras intentaron ser irónicas, pero sus ojos estaban tan llenos de rabia que quitaban a la ironía toda su carga humorística.

–Lo entiendo, lo entiendo. Mañana te llamaré y quedaremos, espero que pronto. Sin prisas, pero sin excusas.

No las hubo. Al día siguiente me llamó ella, sin esperar a que yo me adelantara. Supongo que quería zanjar el tema cuanto antes.

Conocía a Karmele desde que éramos niños, aunque sólo nos veíamos algo menos de tres meses al año, entre finales de junio y primeros de septiembre. Nuestros padres respectivos veraneaban en la misma población de la costa vizcaína, pese a ser de extracción social y profesiones muy diferentes. Mientras que mi progenitor era un abogado con cierto prestigio en Bilbao y en todo el País Vasco en general, el de Karmele era el hijo pequeño de una familia dedicada tradicionalmente a

las labores agrícolas que, al ser consciente de que no heredaría el caserío, se buscó las alubias trabajando como albañil. No debía ser malo en lo suyo, ya que pronto se instaló como autónomo e incluso hizo sus pinitos como empresario en el ramo de la construcción, lo que le permitió comprarse el piso en el que pasaba todos los veranos junto a su familia, su mujer, ya fallecida, y su hija Karmele. Nada comparable con el chalé con piscina del que disfrutábamos los Zugasti en el mismo pueblo, pero supongo que para Karmele y su familia estaba muy bien.

El pueblo en el que veraneábamos no era excesivamente grande así que todos los chavales nos conocíamos y las barreras sociales o de clase, entre nosotros, apenas existían. Por eso, Karmele y yo desde muy pequeños pertenecemos a la misma cuadrilla, ya que éramos de edades similares. Primero, cuando éramos unos enanos que apenas nos alzábamos del suelo unos pocos palmos, jugando a lo que suelen jugar todos los niños cuando están de vacaciones. Más tarde, empezaron los juegos de adolescentes y ahí surgieron, simultáneamente, mis problemas o, para ser más exacto, mis obsesiones.

Ya desde la preadolescencia Karmele apuntaba maneras. Quiero decir que se notaba que en su persona iban a acumularse dos características que, aunque la gente piensa que son la misma cosa, en mi opinión no lo son, aunque si se complementan mucho mejor: era muy guapa y se veía que iba a estar buenísima. También estaba muy claro que poseía dos cualidades adicionales más: era sensata e inteligente. Pero tengo que admitir, para ser completamente sincero, que los machos alfa de nuestra cuadrilla no apreciábamos para nada esas dos características. Tampoco las despreciábamos. Sencillamente, no las teníamos en cuenta.

Cuando llegamos a esa edad en la que el único órgano importante de nuestro cuerpo es el sexual, todos, en nuestros más lúbricos sueños, pensábamos en Karmele, soñábamos con ella, e incluso nos hacíamos, sin dejar de sentir un poco de vergüenza a causa de la educación recibida, unas impresionantes pajas en su honor. Ella lo sabía y se reía de nosotros, que jamás obtuvimos por su parte más que una pequeña sonrisa. Muy pronto empezaron los rumores, que si era una puta que se lo montaba con todo el mundo menos con nosotros, que si le gustaba ir con tíos más mayores, que si le iba el rollo lésbico también y cosas por el estilo. La mayoría de los rumores no eran más que invenciones nacidas del despecho, aunque sí debía ser cierto que era una mujer moderna y liberada a la que si le apetecía acostarse con un tipo, o una tipa, lo hacía. El problema es que jamás le apeteció hacerlo con ninguno de nuestra cuadrilla. Conmigo tampoco, por supuesto. De hecho, conmigo menos que con nadie.

Durante unos años la perdí de vista. Nuestras vidas siguieron caminos diferentes. Por lo que de vez en cuando me contaban, su padre empezó a tener problemas económicos y a ella, pese a su inteligencia natural, no le quedó más remedio que dejar los estudios y ponerse a trabajar. Creo que en momentos sucesivos estuvo cuidando niños, trabajó de dependienta de unos grandes almacenes, fue camarera y así sucesivamente. Los trabajos, al parecer, no le duraban mucho. Seguramente no por falta de entrega y capacidad, sino por su carácter rebelde y levantisco. Estoy seguro de que en todos sus empleos fue la líder sindical, la defensora de los trabajadores. Y claro, esas cosas se pagan.

Yo, por mi parte, seguí el guión preestablecido y estudié Derecho en la Universidad de Deusto. No fui el típico estu-

diante modélico que saca en todas las asignaturas matrículas de honor. De hecho, ni siquiera saqué un mísero sobresaliente o un estimulante notable en la carrera, me limité a aprobar sin alardes cada una de las materias del programa. Tampoco lo necesitaba. Sabía que cuando estuviera en posesión de mi flamante título de Licenciado en Derecho me estaría esperando un bufete que llevaba ya muchos años de funcionamiento, no en balde lo fundó mi abuelo y lo consolidó mi padre.

Para ser totalmente sinceros, los viejos hicieron un buen trabajo y me dejaron un interesante y lucrativo negocio en marcha, pero se había estancado. Ahora los tiempos son muy diferentes y ser honrado ya no se lleva, tan sólo lo suficiente para que no pueda meterte en problemas ningún juez o fiscal quisquilloso, pero los procedimientos, al menos los que yo tenía *in mente* aplicar, habían cambiado. No me deshice del todo de los antiguos clientes. De hecho permití que mi padre siguiera ocupándose de ellos en un despacho espacioso colocado al final del bufete, pero me hice cargo de la mayor parte del negocio y le di una vuelta tal, que si mi abuelo saliera de la tumba volvería a meterse en ella, horrorizado. De todos modos eso no va a ocurrir hasta que un ángel toque la trompeta para anunciar el advenimiento del Apocalipsis y, sinceramente, creo que aún falta mucho tiempo para que el mundo contemple ese alarde de efectos especiales.

El caso es que en todos esos años no dejé de pensar en Karmele. Incluso en una ocasión estuve charlando animadamente con ella, cuando trabajaba en un pub de camarera, luciendo un vestido súper escotado que me hizo babear durante toda la noche. Pero cuando ya eran las tres o las cuatro de la madrugada y yo llevaba cinco güisquis de los caros en el cuerpo, que en ese local en concreto eran aún más caros, apareció un

negro de esos que parece que han venido a la villa a jugar en el Bilbao Basket y se fue a la calle con él, los dos bien agarraditos a la cintura y morreándose sin ningún recato.

No sé cuándo el deseo de tirármela, que en el pueblo de veraneo todos teníamos de chavales, se convirtió en una auténtica obsesión, pero seguramente lo sucedido aquel día en el pub marcó un punto de inflexión. Juré que Karmele acabaría rendida a mis pies, y no es por presumir, pero cuando yo quiero algo siempre lo consigo. O casi siempre.

Los problemas económicos de Aurelio, su padre, fueron los que finalmente me allanaron el camino. Era un hombre muy trabajador, como ya he dicho, pero eso no es suficiente para triunfar hoy en día en los negocios. Algunas operaciones arriesgadas le dejaron casi al borde de la ruina y, cuando llegó el estallido de la burbuja inmobiliaria, ese borde desapareció para ocupar su lugar el vacío más absoluto. Primero vendió el piso del pueblo en el que, cuando éramos pequeños, pasábamos nuestras vacaciones de verano. Luego, algunas acciones que le quedaban, pocas, de algunos de esos bancos que habían propiciado su declive económico y que, sin embargo, no le condonaban sus deudas, pese a ser, en un pequeñísimo porcentaje, copropietario de los mismos. Por último, no le quedó más remedio que hipotecar su vivienda, esa vivienda que compró al casarse con la madre de Karmele y en la que llevaba residiendo más de cuarenta años, los últimos ocho, desde que falleció su compañera de toda la vida, en la más absoluta soledad. “Nunca pensé que algún día me alegraría de que mi madre estuviera muerta”, llegó a confesarme Karmele cuando me dio la noticia del inminente desahucio de su padre.

Porque eso sí, la cabrona de ella, el día del pub, después de sacarme un buen montón de euros con un whisky infame,

se fue con el negro de los cojones, pero cuando tuvo problemas, ¿a quién recurrió? ¿Al vendedor de baratijas senegalesas? Pues no, a quien tuvo los santos huevos de pedirle su ayuda fue al bueno de Markel Zugasti, al mil veces despreciado Markel Zugasti, que para eso era el socio más joven, enérgico, eficiente y emprendedor de “Zugasti y Asociados”. El desahucio de su padre era inmediato y resultó que el único clavo al que podía aferrarse era su seguro servidor. Por supuesto ella no lo dijo de esa manera sino que apeló a nuestra vieja amistad, a lo bien que nos lo habíamos pasado cuando éramos adolescentes y jóvenes en el pueblo, al afecto mutuo que siempre nos habíamos tenido y a todas las mierdas de ese tipo.

—Te entiendo perfectamente y créeme que simpatizo contigo, pero no sé qué es lo que puedo hacer por tu padre —le dije.

Nos encontrábamos en mi despacho, pese a que no había concertado la imprescindible cita previa. Fue mi viejo, que siempre le había tenido cariño, quien la hizo pasar, obligándome a pensar que tal vez le había llegado la hora de la jubilación.

—Seguro que puedes hacer algo —me contestó, sin darse por vencida—. Eres abogado y además, por lo que me han dicho, de los mejores. No me extraña, porque ya de pequeño apuntabas maneras —añadió, rebajándose a la adulación, lo que me indicó que el asunto era, efectivamente, muy grave.

—Te agradezco tu confianza —contesté—, pero las cosas no son tan fáciles. Al contrario de lo que la gente piensa, los abogados, por hábiles y buenos que seamos, y es cierto que yo lo soy, no podemos hacer milagros. A veces las leyes pueden hincharse, estirarse e interpretarse, pero en otras ocasiones se asemejan a las matemáticas, dos y dos son cuatro, nunca podrán

ser tres o cinco. Del mismo modo, si tu padre no ha pagado la hipoteca, no hay nada que hacer. Incluso aunque jueces, fiscales, secretarios y el resto del personal judicial simpaticen con su causa, la ecuación jurídica es muy sencilla: si no pagas, te vas a la calle. A la puta calle –añadí, por si hasta ese momento no había sido lo bastante convincente.

–Eso no es así –me replicó, en un intento de no darse por vencida–. Hay jueces que han llegado a paralizar los desahucios.

–Lo sé, aunque sinceramente me parece insólito. Estupendo, por supuesto, pero insólito. Sin embargo, en el caso de tu padre... –meneé la cabeza en señal de tristeza–. El juez al que por turno le ha tocado decidir sobre su desahucio no es de los que comparta la sensibilidad social de sus colegas de toga.

–Entonces –me miró con ojos casi llorosos, en los que se leía la desesperación–, ¿no hay nada que se pueda hacer?

Por supuesto que había algo que se podía hacer, pero no se lo dije en ese momento. O mejor, no se lo dije directamente. Yo sabía que sí que era posible paralizar el desahucio. En más de una ocasión había tenido contactos con el banco en cuestión y siempre había sido capaz de, sin descuidar los intereses de mis clientes, hacer que los del propio banco no salieran perjudicados. De algún modo, aunque no estaba incluido en su “staff”, también trabajaba para él. Era una situación un tanto delicada, pero irreprochable jurídicamente y beneficiosa para ambas partes. Así que claro que podía hacer algo. De hecho, podía parar el desahucio sin despeinarme.

Obviamente no le dije nada de eso a Karmele. Me limité a consolarla y a prometerle que haría todo lo que pudiese en favor de su padre y, de paso, le comenté cuál quería que fuese

mi recompensa en caso de salir triunfante en el empeño. Al principio se lo tomó a broma, pensando que estaba de cachondeo, luego me dijo que por qué no y finalmente accedió a mis requerimientos. Me imagino que seguía pensando que se trataba de un juego que quizás yo estaba llevando demasiado lejos y al que, por tanto, no le concedió la menor importancia. Se equivocaba.

No me fue difícil, gracias a mis contactos, conseguir que el banco paralizara la expulsión de su domicilio de Aurelio Mentxaka. El perjuicio económico para la entidad financiera no era muy grande, ya que el principal estaba abonado con creces y sólo restaban pequeñas cantidades por intereses, que también habían cobrado en su mayor parte sin problema alguno. Quedarse con la vivienda no tenía para ellos mucho sentido, ya eran propietarios de más de las que necesitaban, gracias a anteriores desalojos, y en esos momentos suponían más una molestia que una ventaja. Así que accedieron, si no con entusiasmo sí con satisfacción, a mi propuesta. En el fondo para ellos era buena publicidad, ya que se presentaban antes los ciudadanos como un “banco con alma”, que en casos extremos podía llegar a ser indulgente con los sectores más desfavorecidos de la sociedad y, por otra parte, a mí también me venía bien un trozo de esa tarta publicitaria. Como tenía previsto, todas las cadenas de televisión, emisoras de radio y periódicos y revistas de difusión nacional mencionaron mi nombre, así como mi decisiva intervención en el feliz resultado de ese desahucio abortado. Hubo incluso un semanario, entre serio y satírico, que profundizó en mi persona y tituló su reportaje con un expresivo “Abogado sin escrúpulos busca causa justa que defender”. Aunque no difería mucho de la realidad, en un primer momento no me agradó

demasiado el sensacionalismo del reportaje ni, por supuesto, ese calificativo que, no por ser certero, dejaba de ser denigrante. Incluso pensé querellarme contra él, pero desistí porque era consciente de que con eso lo único que iba a lograr era proporcionar más carnaza a la publicación. Además, curiosamente, a sus lectores les gustó y muchos de mis nuevos clientes me comentaron que lo habían leído y era lo que les había animado a contactar conmigo. Por lo visto, la mayoría de la gente, cuando van al médico o llaman a un fontanero o contratista para que les hagan obras en casa, o se acercan a la tienda de la esquina para comprar la comida, exigen al médico, al albañil o al comerciante que sean honrados a carta cabal, pero cuando tienen que acudir a un abogado suelen pensar que cuanto más hijo de puta sea éste, mejor defenderá sus intereses. En fin, nunca se sabe a ciencia cierta qué es lo mejor cuando se trata de conseguir un poco de publicidad, aunque en ese caso no me quedó más remedio que admitir que ese titular tan desagradable surtió efectos positivos.

Resumiendo, que aunque el despacho, antes de mi intervención para paralizar el desalojo, iba viento en popa, posteriormente adquirió velocidad de crucero. Y es que nunca viene mal insuflarle un poco más de aire para que pueda seguir navegando placenteramente.

Y claro, estaba Karmele, no podemos olvidarnos de ella. Cuando comprendió que mi propuesta, el *quid pro quo* que había aceptado a cambio de mis servicios, por decirlo en términos estrictamente jurídicos, no era una broma y que se la había planteado totalmente en serio y con ánimo de cobrarla, intentó resistirse, pero no acepté sus reticencias, indicándole que un trato era un trato y, por tanto, en estricta

lógica jurídica, no le quedaba más remedio que pagar. En este mundo nadie se libra de pagar, con su dinero, con su casa o con su cuerpo.

Cuando al día siguiente de la paralización del desalojo paterno me llamó, intenté dulcificar un poco lo escabroso de la situación y decidí invitarla a cenar. Aceptó como si le hubiese invitado a ir a un matadero. La cena me costó la friolera de doscientos euros por persona, pero no me importó, podía permitirme eso y mucho más. Lo que sí me jodió fue que no probó ni el más pequeño bocado. Doscientos euros de comida tirados a la basura, con el hambre que hay en el mundo. ¡Menuda sindicalista solidaria que estaba hecha la muy hipócrita! Eso sí, el que no probara bocado no significa que no abriera la boca, porque durante todo el rato me estuvo diciendo que no podía creerse que yo le hubiese propuesto en serio que se acostara conmigo como pago por mis servicios jurídicos. Incluso puedo decir que si yo no fuese una de esas personas que disfrutan bebiendo un buen vino y comiéndose una excelente lubina, entre otras exquisitas viandas, su insistencia habría podido amargarme la cena.

Lo peor, de todos modos, ocurrió tras acabar la cena y haber pagado la cuenta. Karmele pidió una copa de vino al estirado camarero que nos había estado atendiendo durante toda la noche, del más caro que tenga, especificó, y cuando se lo trajeron me lo tiró a la cara, tras propinarme una fuerte bofetada, mientras decía a voz en grito, para que se enteraran el resto de los comensales, que yo era una cucaracha, un auténtico cerdo y que no quería verme nunca más en mi puta vida. O quizás dijo que no quería verme más en su puta vida, no recuerdo el adjetivo posesivo que utilizó, pero el sentido era el mismo con cualquiera de las dos expresiones. Por último

añadió que podría esperar sentado a que las ranas criaran pelo, porque jamás se acostaría conmigo.

—Incluso aunque lo críen —especificó, tal vez temerosa de una de esas sorpresas que de vez en cuando nos proporciona la Madre Naturaleza.

—¡No puedes hacerme esto! —le dije cuando estuvimos en la calle, ya que en el interior del restaurante preferí hacerme el loco, como si aquello no tuviera nada que ver conmigo. En lugar de escapar corriendo del local, como yo sospechaba en un primer momento que iba a hacer, salió caminando parsimoniosamente, como si quisiera que la alcanzara y poder regodearse de lo que ella, sin duda, consideraba su triunfo—. Hicimos un trato y los tratos hay que cumplirlos.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ponerme una denuncia? —sus ojos brillaban de alegría—. No soy abogada, como tú, pero me parece que si desvelaras el trato que habías hecho conmigo el mayor perjudicado, seguramente, serías tú.

En eso tenía razón, pero no podía rendirme tan fácilmente.

—No, pero se puede revertir la paralización del desahucio. Y en ese caso ya sabes lo que sucedería, que a tu padre le pondrían de patitas en la calle. Y no sé si tiene edad para dormir en un cajero automático, arrojado tan sólo por unos sucios cartones.

—¡Pero qué hijo de puta eres, Markel! Hijo de puta y mentiroso, porque me he leído el contrato y es irreversible, mi padre conservará su piso hasta el mismo día en que fallezca. La verdad es que una cosa buena sí que se puede decir de ti, que eres un excelente abogado. Aunque ahora eso se haya vuelto en tu contra. Qué le vamos a hacer, son las paradojas de la vida —se rió—. Por eso mismo, antes de despedirnos para

siempre, te voy a dar una pequeña recompensa. Disfrútala, porque jamás volverás a tener algo parecido.

Acercó su boca a la mía y me besó como nunca me habían besado, era un beso dulce y enérgico al mismo tiempo, suave y frenético, lánguido y vivaz. Sí, ya sé que parece imposible, pero así es como lo recuerdo. Y duró muchísimo tiempo aunque tan sólo me pareció un instante. Cuando nuestras lenguas se separaron me dijo escuetamente y con tono duro “adiós” y dándose media vuelta se fue. Yo, por mi parte, no hice el menor amago de retenerla. Me había dado cuenta de que ese beso no era una recompensa, sino un castigo. Acababa de decirme “mira lo que te has perdido, lo que ya no vas a disfrutar nunca jamás” y yo, para mi desgracia, había entendido el mensaje.

Esa noche la amargura que se había apoderado de mi ser me impidió dormir. Me limité a dar vueltas y vueltas sobre las sábanas sin encontrar la postura adecuada, esperando inútilmente a ser vencido por el sueño. A eso de las cuatro de la madrugada me levanté y comprobé, asustado, que estaba llorando.

Hasta ese momento había admitido, sin que ello me creara ningún problema de conciencia, que era un auténtico hijo de puta. Pero acababa de darme cuenta de que, además, era un perfecto gilipollas. Y eso sí que no había entrado jamás en mis planes.